



## Castigos corporales

**Rafael Barrett**

Se pega en el presidio, en el cuartel, en la escuela. Se pega en todos los países. Conocéis el clásico knut ruso, el cat of nine tails, gato de nueve colas inglés, el rebenque gaucho. ¿Qué policía no sacude el polvo a los clientes alborotadores? El semitormento militar del cepo y del plantón se usa corrientemente. Pero se pega menos que antes; se pega de una manera disimulada, avergonzada; tenemos el pudor del látigo. Lo que no quita para que algunos reglamentos fijen todavía, con ingenuidad, los castigos corporales. En varias cárceles de Inglaterra, Dinamarca, Suecia y Estados Unidos se administran hasta treinta o cuarenta azotes. El señor Mimande ha visto en Sidney canaletas para retirar la sangre. Hace poco el comité del Consejo de Educación de Londres resolvió que las maestras se limiten a golpear, con la mano abierta, sobre la mano o el brazo de los bebés. Respecto a los mayorcitos, se prohíbe que se les golpee en el cráneo o en la cara; ha de elegirse una parte donde no haya peligro de «daño permanente». Esto no me sosiega del todo; el resultado de una paliza es también «función», como dicen los analistas, del número y de la fuerza de los palos. Un bastonazo en las nalgas es preferible a uno en las narices; dos mil bastonazos matan en cualquier sitio que le den. Cierta regimiento quinto, de que ustedes tendrán noticia, ha dejado sin existencia a unos cuantos ciudadanos, y a otros, más dichosos, solamente sin trasero. En Corea, donde se empleaba, para acariciar a los ladrones, una plancha de encina de seis pies de largo, se ha observado que al décimo golpe la madera sonaba ya contra los huesos desnudos. La escasa excitabilidad nerviosa de las razas amarillas exige un exceso de rigor. Salvo en Rusia -asiática a medias- Europa no soporta el espectáculo de la tortura, y Montjuich y demás establecimientos inquisitoriales son excepciones que nos horripilan. La pena capital, a pesar de la rapidez quirúrgica con que se inflige, lastima igualmente nuestra sensibilidad, esa consejera hipócrita de que estamos tan vanidosos. Entendámonos. Pegar en el hogar o en la escuela es una sandez irremediable; cuando le preguntaron a Carrière qué método le parecía mejor para evitar las guerras, el artista contestó: «no injuriéis, no golpeéis a vuestros hijos; los hombres se devuelven de

grandes los golpes que reciben de pequeños». ¿Pegar en el presidio? ¡Oh! La tortura no es una terapéutica, mientras que el delincuente es un enfermo, y la sociedad, que produce al delincuente, está más enferma aún; no son castigos ni venganzas lo que necesitamos, sino médicos, sobre todo médicos sociales. ¿Jueces? ¿Para qué? ¿Juzgar antes de comprender? Y si algo comprendemos, es que el código constituye la causa principal del delito. ¡No es escandalicéis...! Considerad que el código mantiene a todo trance la actual distribución de la riqueza, es decir, la actual distribución de la miseria, ¿y qué es la miseria, sino la madre del delito, como lo es de la ignorancia, de la desesperación, del alcoholismo y de la tuberculosis, la madre de la muerte? Sí, el mundo es un inmenso hospital, ¡pero nuestro botiquín es tan reducido! ¿Por quién empezar? ¿Por los Soleilland? ¿Por los asesinos y los estupradores? Si la tortura previene la reincidencia, torturad. La tortura es barata y expeditiva. Torturad, respetando la salud física del sujeto. Torturadle y soltadle. Es más feroz, más ruin y más caro meterle en una celda, donde se volverá primero tísico y después idiota.

Las celebridades del crimen suelen gozar de privilegios. Para ellas, el proceso es a veces una apoteosis, y el presidio un sanatorio. Gallay, insigne bandido, escribía desde la Guayana, lugar de su deportación: «con alimento sano y ejercicio moderado, se vive aquí muy bien... los condenados oscuros, los de provincias, sucumben pronto, pero la administración mimosa a los asesinos famosos, cuyo nombre permanece en la memoria del público... disfrutaban un clima benigno, y no trabajan... yo miro la Guayana como mi residencia definitiva... voy a rehacerme una posición... En Francia estaba anémico; me he repuesto enteramente en el presidio». Lucheni, el matador de la anciana emperatriz Isabel de Austria, habita un cómodo cuarto en el segundo piso de la prisión de Ginebra, con luz eléctrica, timbre, espejos y biblioteca de autores clásicos. Gracias a su estúpido crimen Lucheni ha conocido los calzoncillos y las medias, Montesquieu, Rousseau, Pascal, Montaigne, café con leche y chocolate de primera calidad. Entre tanto, la honradez tiene hambre, y los niños, los santos niños que abren los pétalos de su vida al amor del sol y al odio de los hombres, se pudren por millares en los estercoleros de la civilización... ¿Qué queréis? ¡Somos tan sensibles, tan buenos, tan compasivos! Contentémonos con que a Lucheni no le falte su chocolate...

Vale más Torquemada que vosotros, cocodrilos filantrópicos, hoteleros de Lucheni y compañía, vicentinos de la prudente limosna, implacables conservadores de la miseria. Estáis enfermos también. Os curaremos, cuando os llegue el turno, y por cierto que no será con lágrimas ni con chocolate. «¡Sed duros!», decía Nietzsche, en cuyo cerebro de poeta furioso no cabían a un tiempo la dureza y el altruismo. Seamos duros, digo yo, pero no como la espada. Seamos duros como el bisturí.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

